

# Una novela de incesto en los años cincuenta: la recepción crítica de *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, de Camilo José Cela

## A novel of incest in the spanish fifties: *Mrs. Caldwell habla con su hijo* and its critical reception

ALBA GUIMERÀ GALIANA

Facultad de Filología y Comunicación. Universidad de Barcelona. Gran via de les corts Catalanes, 585, 08007, Barcelona

albaguimera@ub.edu

ORCID: [orcid.org/0000-0001-7569-7939](https://orcid.org/0000-0001-7569-7939)

Recibido: 15/06/2019. Aceptado: 31/07/2019.

Cómo citar: Guimerà Galiana, Alba, “Una novela de incesto en los años cincuenta: la recepción crítica de *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, de Camilo José Cela”, *Notas Hispánicas* 5 (2019): 46-79.

Este artículo está sujeto a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/nh.5.2019.46-79>

**Resumen:** Esta propuesta pretende mostrar “el ardor malsano de una pasión incestuosa” –así lo definía su autor, Camilo José Cela– desde la perspectiva de su recepción crítica, es decir en la lectura dispar que en los años cincuenta le dedicaron los principales críticos del momento. Debido a la situación sociopolítica, muchos de ellos –la mayoría– censuraron y/o obviaron la controvertida temática y centraron sus análisis casi exclusivamente en la moderna apuesta estética que ofrecía Cela en esta novela “poemática”, “poliédrica” y “baudelairiana”. Algunos pocos pasan de soslayo por la cuestión arremetiendo contra el autor, y solamente José María Pemán y Antonio Vilanova se detienen en su controvertida dimensión. No eran buenos tiempos para acoger la publicación de una obra tan poco ortodoxa.

**Palabras clave:** Camilo José Cela; recepción crítica; crítica literaria; novela española; literatura española.

**Abstract:** This proposal aims to show “the unhealthy ardor of an incestuous passion” –as defined by its author, Camilo José Cela– from the perspective of his critical reception, that is, in the disparate reading that in the Spanish fifties was dedicated to this novel by the main critics of the time. Due to the sociopolitical situation, many of them –most of them– censored and/or ignored the controversial theme and focused their analyses almost exclusively on the modern aesthetic gamble offered by Cela in this novel. Only José María Pemán and Antonio Vilanova stop at their controversial dimension. They were not good times to welcome the publication of such an unorthodox work.

**Keywords:** Camilo José Cela; critical reception; literary criticism; Spanish novel; Spanish literature.

**Sumario:** 1. Contextualización y censura. 2. La recepción crítica de la primera edición *Mrs. Caldwell* tras su publicación. 3. Otras revistas y publicaciones menores que atienden a la publicación de *Mrs. Caldwell*.

**Summary:** 1. Contextualization and censorship. 2. The critical reception of *Mrs. Caldwell* first edition after its publication. 3. Other minor magazines and publications attending *Mrs. Caldwell's* publication.

---

## 1. CONTEXTUALIZACIÓN Y CENSURA

*Mrs. Caldwell habla con su hijo*, de Camilo José Cela, se publica en 1953 en la Colección Áncora y Delfín de la editorial barcelonesa Destino. La segunda y la tercera edición se publican en 1958 y en 1969, respectivamente, por la misma editorial. Este mismo año, 1969, se publicará la cuarta, esta vez en las *Obras Completas*, y aquí debemos detenernos brevemente, puesto que se añaden fragmentos previamente censurados y un texto introductorio que Cela titula “La cabeza, la geometría y el corazón” (1969: 363-374), donde, por un lado, explica de una manera muy intrincada los vericuetos del sentido de esta controvertida obra, y por otro, se lamenta de que “determinada circunstancia contingente (aludo a la censura) -dice- castró una cara y cinco vértices del poliedro de Mrs. Caldwell” (1969: 365-366). En efecto, Cela identificaba las cabezas de Mrs. Caldwell, la madre, y de Eliacim, el hijo -ambos protagonistas de la obra, aunque la madre esté viva y el hijo muriera accidentalmente en un naufragio- con dos poliedros conjugados entre sí que presenta con sus aristas, sus caras y sus vértices; unas figuras geométricas complejas que quedaron sesgadas a raíz de la mutilación de ciertas partes significativas del texto: Cela aludía sobre todo al capítulo 204 de su obra, el correspondiente a la “Boda y primera noche nupcial soñadas por Mrs. Caldwell”, capítulo censurado entero, y a cinco de los vértices fundamentales donde convergían ambos poliedros: cinco puntos de inspiración sexual e incestuosa (Cela, 1969: 366) que se tratan, más o menos explícitamente, a lo largo de la obra y que se purgaron.

“Este brutal tropello que se cometió [...] difuminó la precisa nitidez de ambos poliedros” (Cela, 1969: 366) y su conjugación, de manera que se desdibujó el vínculo armónico entre los actores, o sea, entre los dos personajes. En definitiva, por eso “la obra no fue muy bien entendida a su aparición” (Cela, 1969: 371), aducía Cela.

Exponer ahora todos los fragmentos censurados -sustancialmente terminología, los fragmentos más subidos de tono, etc.- nos conduciría a otra línea de investigación que se desviaría del tema que nos ocupa.<sup>1</sup> Sin embargo, dado que nos interesa analizar las cuestiones de contenido, sí podemos mostrar algunos fragmentos del ejemplo más revelador de dicha purga. El del aludido capítulo 204 -recordemos que la censura lo eliminó por completo- porque, aunque trataba de encubrirse a través de un sueño o delirio de Mrs. Caldwell que se utiliza por el autor como recurso literario para “suavizar” su contenido, se aludía abiertamente a la boda madre e hijo y a la consiguiente noche de bodas. Las alusiones al incesto, aunque enmarcadas en un sueño no pasaron por alto a los censores:

Acabo de soñar que nos casábamos tú y yo, Eliacim. [...] Yo estaba nerviosísima, y cuando el pastor te preguntó, ¿quiere usted por esposa, etc.?, me eché a llorar porque creí que ibas a decir que no. Pero no, Eliacim, tú no dijiste que no, tú eres un caballero y no ibas a llevar a tu novia hasta la iglesia para decirle que no; tú me miraste, me sonreíste amorosamente y dijiste [...] que sí, que me querías por esposa. ¡Qué ilusión me hizo, Eliacim, oírtelo decir!

Entre mis testigos estaban, ¡qué cosas más raras se sueñan!, tu pobre padre (q.e.p.d) [...]. Cuando íbamos a abandonar el salón, tú me pasaste una mano por el hombro y dijiste a todos: señores, sé que soy envidiado por todos ustedes; muchas gracias y buenas noches. Los invitados levantaron sus copas para brindar por nosotros: ¡salud y muchos hijos! (Cela, 2003: 223)

Ciertamente, en *Mrs. Caldwell* la presencia o la ausencia de estos fragmentos censurados condicionan y determinan su lectura, puesto que el tema de la obra resultaba indiscutiblemente controvertido y osado para los tiempos que corrían: una “pasión incestuosa de una madre que, tras morir su único hijo, decide escribir una extraña correspondencia, equivalente a realizar una abismática confesión, por la que discurre su soledad, su amargura, sus deseos y su desolado pesimismo vital”, tal como lo resume

---

<sup>1</sup> Adolfo Sotelo atendió esta cuestión en la completísima introducción que encabeza la edición de *Mrs. Caldwell* que publicó Destino para conmemorar el cincuenta aniversario de la obra (Sotelo: 2003, 7-38). Solamente precisamos tener en cuenta un dato significativo: la novela exenta se mantuvo mutilada por censura desde su publicación en 1953 hasta el año 2003, por tanto, durante cincuenta años. En cambio, la novela integrada en las *Obras Completas*, en el 69, ya aparece completa, siguiendo el texto original.

Adolfo Sotelo en la introducción de la edición de Destino (Sotelo, 2003: 16). Mrs Caldwell, la madre, en su sincera y desolada confesión a través de la memoria, que adopta la forma de pequeñas epístolas al hijo perdido, va tejiendo un “entreroto poema de amor en el que se leen sin disimulo pero con delicadeza los recónditos caracteres de un mito incestuoso” (Sobejano, 1997: 146), ciñéndonos a la definición que Gonzalo Sobejano empleó en 1997 para definir la novela precisamente en un artículo para *El Extramundi y los papeles de Iria Flavia*, revista que fundó Cela poco antes, en 1995.

No obstante, a pesar de las partes censuradas, que evidentemente evitaban los fragmentos más subidos de tono, una lectura atenta de Mrs. Caldwell en su versión de 1953 no tarda en percatarse de que la obra gira en torno al deseo y al amor incestuoso de una madre hacia su hijo. Aunque Cela es cauteloso en la escritura, y en cierto modo ambivalente, la intención y el fondo de algunos pasajes del texto no ofrecen dudas al lector: “Después vino hacia mí, me estrechó en sus brazos y me dio un prolongado y sabio beso en la boca” (Cela, 2003: 115); “quisiera ser sucio pulpo del abismo, hijo mío, para poder abrazarte, para poder decirte al oído: ahora ya no te podrás escapar jamás” (Cela, 2003: 60). Son frases que, a modo de ejemplo, encontramos diseminadas a lo largo de la obra y que nos sirven para mostrar la ambivalencia a la que juega Cela; una delgada y difusa línea roja entre un intenso afecto de la madre hacia el hijo que se acentúa por la pérdida y ciertas notas o destellos que, a menudo, sobrepasan la inocencia y viajan hacia territorios propios del deseo sensual o incluso sexual.

Por ello, con mayor o menor clarividencia, Cela despertó en muchos lectores expertos una sensación de cierto desconcierto debido a lo “anfíbio” de la novela; un adjetivo que algunos emplearán para referirse a ella, tanto en las críticas a las primeras ediciones como en las alusiones a la obra más contemporáneas, como es el caso de Francisco Umbral en *Cela, un cadáver exquisito*, donde afirmaba que “la calidad anfibia del libro -humor, lirismo- desorienta un poco al lector” (2002: 192). Y es que ciertamente, el vínculo materno filial y la relación de amantes se entrecruza en muchas de las cartas, pero no cabe lugar a dudas de que cuando Mrs. Caldwell expresa sus deseos a través de la memoria, “todo su subsuelo interior está engastado de deseo incestuoso” (Sotelo, 2003: 35).

De entre los principales críticos que atendieron la obra en el momento de su publicación, algunos -los menos-, de manera excepcional, tratarían abiertamente el tema del delirio incestuoso en sus respectivas reseñas tras

leer la novela, pero los más prefirieron velar esta cuestión para centrar el análisis en cuestiones estilísticas, o bien para directamente arremeter contra el escritor por su mal gusto. ¿Cómo recibió la crítica de los años 50 la nueva obra de un autor ya consagrado<sup>2</sup> que ahora planteaba en su obra más reciente una relación explícitamente incestuosa? ¿Realmente “se entendió a medias” como expresó el autor en el anteriormente citado “La cabeza la geometría y el corazón” o más bien no quiso entenderse?

## 2. LA RECEPCIÓN CRÍTICA DE LA PRIMERA EDICIÓN DE *MRS. CALDWELL* TRAS SU PUBLICACIÓN

El 1 de diciembre de 1953, el *Correo Literario* publicaba un listado de los 10 títulos más vendidos en España recogiendo los datos suministrados a partir de treinta librerías.<sup>3</sup> En la lista, *Mrs. Caldwell* ocupaba la cuarta posición por detrás de *Los cipreses creen en Dios*, de José María Gironella, que acababa de obtener el Premio Nacional de Literatura del mismo año; *Nosotros los Rivero*, de Dolores Medio, ganadora del Nadal de 1952; y *El País Vasco*, de Pío Baroja, que se había publicado ese mismo 1953.

La mayor parte de los críticos consagrados del momento coinciden en sus valoraciones estilísticas: todos destacan su “alto lirismo”, insisten en que nos situamos ante un “novela poemática” como reflejo del laberinto interior de la protagonista y en la experimentación constante de Cela, que siempre logra romper los cánones prestablecidos en el género de la novela: en *Mrs. Caldwell* no nos encontramos ante una novela al uso. Sin embargo, al abordar el contenido, el controvertido tema de la obra -la pasión incestuosa-, son pocos los críticos que se enfrentan abiertamente a ello, es decir, que reconocen y abordan la cuestión -algunos, contrariamente, lo reconocen precisamente para arremeter contra el autor-. Por supuesto, todavía son menos quienes se animan a ensalzar la obra de Cela en sus respectivas reseñas.

Antonio Vilanova, crítico literario del semanario barcelonés *Destino* desde 1950, entra sin rodeos en la cuestión del tema y es quien ofrece un

<sup>2</sup> Recordemos que Cela había publicado ya, como es sabido, *El pascual* (1942) y *La Colmena* (1951), sus dos obras más conocidas, pero también *Pabellón de reposo* (1943) y *Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes* (1944).

<sup>3</sup> Puede consultarse la lista completa en el primer documento del Anexo.

análisis más completo y pormenorizado de la obra de Cela. En su reseña, publicada el 25 de julio de 1953,<sup>4</sup> después de atender con mucha maestría a las cuestiones formales –para él uno de los aspectos clave de la obra es que se trate de una novela centrada en la “segunda persona” -es decir, en el tú del personaje fallecido, aunque esa segunda persona requiere forzosamente la existencia de la primera, o sea, la madre, tal como se refería el mismo Cela a la hora de explicar su propia narrativa-, Vilanova defiende, en síntesis, que el hecho de estructurarla sirviéndose de la técnica epistolar, la convierte en una pieza “apta para la confesión íntima, la confidencia amorosa y la efusión sentimental”. En sus reflexiones sobre el argumento manifiesta abiertamente que “el libro recluido deliberadamente en las honduras del alma para bucear en los más secretos paisajes de la subconsciencia” (Vilanova 1995: 125) y que “se trata de un encadenamiento prodigioso y sutil de intuiciones e ideas, sensaciones y recuerdos, en los que aflora un turbio poso de amor y de melancolía y la secreta adivinación de un drama humano en el que se oculta el ocaso viril de un fin de raza y e ardor malsano de una pasión incestuosa” (Vilanova, 1995: 125). De este modo, “a través de los soliloquios y rememoraciones de Mrs. Caldwell y de su lúcido extravío, el autor ha revestido de íntimo dolor y angustioso patetismo el desesperado amor de esta mujer [...], sus celos inconfesables y sus turbios deseos, rodeándola insensiblemente de un clima viscoso y denso, alucinado e irreal, que la acompañará hasta la locura y la muerte que ponen fin a sus días” (Vilanova, 1995: 125).

Vilanova, que escribía en *Destino* desde 1950, había reseñado previamente *La Colmena* en su columna “La letra y el espíritu” (30 de junio de 1951), y a partir de entonces reseñaría siempre cada obra del escritor gallego –*El gallego y su cuadrilla* (3 de septiembre de 1955), Nuevo retablo de don cristobita (6 de julio de 1957), *Historias de España* (9 de agosto de 1958), *La Catira* (2 de abril de 1955), *Viaje a la Alcarria*, (1 de enero de 1955), y un largo etc.-. No es casualidad que Vilanova y Cela forjaran un vínculo de amistad y de profundo respeto intelectual, que precisamente se iniciaría a entre 1953 y 1954, poco después de la

---

<sup>4</sup> Puede consultarse el texto completo en el Anexo (artículo 1). En este caso, a diferencia de las demás reseñas que se recogen en el presente trabajo, el texto de Antonio Vilanova también está recogido en el volumen *Novela y sociedad en la España de posguerra*, publicado por Lumen en 1995 (Vilanova: 1995, 123-125).

publicación de *Mrs. Caldwell* y poco después de conocerse personalmente en un popular restaurante de Barcelona a propósito de la clausura de un ciclo de novela que se celebraba en la Universidad de Barcelona y de una conferencia que Cela ofreció en el Centro Gallego sobre Emilia Pardo Bazán (Sotelo, 2012: 15).<sup>5</sup> Si consultamos la correspondencia entre el escritor y el crítico, publicada en 2002, caemos en la cuenta de que precisamente en la primera carta que Vilanova envía a Palma de Mallorca (28 de mayo de 1954), lugar donde residía Cela por aquel entonces, alude a la reseña que dedica a *Mrs. Caldwell*: “te mandaré, o te traeré yo mismo el recorte de *Destino* donde apareció mi crítica” (Cela, 2002: 32). Efectivamente, en la presente carta acordaban un encuentro en Palma para aquel próximo mes de junio, puesto que Vilanova tenía previsto viajar a la isla.<sup>6</sup>

El escritor José María Pemán, por su parte, publicó el 20 de septiembre de 1953 en *ABC* una carta abierta a Camilo José Cela –“Carta a Camilo José Cela”<sup>7</sup>– en la que se mostraba “admirado” tras la lectura de la novela a pesar de reconocer que “somos escritores técnicamente muy distantes, con órbitas apenas tangentes” y a pesar de admitir “con esa honradez deportiva con que en los asaltos de esgrima se dice “tocado” que “cuando creí que estaba naufragando, resultó que estaba bañándome en pura gracia estética” (Pemán, 1953). No obstante, las reconocidas distancias literarias no le impidieron hablar, aunque de forma velada -no aparece la alusión directa al “incesto” en ningún punto-, sobre el tema de fondo de *Mrs. Caldwell*, “con su morbosa correspondencia”: “de tu libro puede decirse que el que esté libre de incongruencias solitarias y vergonzantes, tire la primera piedra. Que el que nunca haya hecho a solas visajes para vérselos en el espejo, le tire la primera crítica académica”. Además, Pemán, acude al psicoanálisis freudiano para redondear su explicación y otorgarle mayor

<sup>5</sup> La correspondencia entre Cela y Antonio Vilanova se publicó en 2012 y abarca desde mayo de 1954 hasta agosto de 1991. El corpus de la correspondencia entre ambos consta de un total de 91 cartas (Cela, 2012).

<sup>6</sup> Según esta misma carta, Vilanova ya había realizado hacía poco tiempo una visita a Cela en su casa de Palma –“pedirte perdón por mi tardanza en agradecer tu generosa hospitalidad durante mi estancia en Palma”– (Cela, 2002:30), por tanto, la visita a la que aludimos sería la segunda, hecho que demuestra que en poco tiempo se había gestado un vínculo relevante y asiduo.

<sup>7</sup> Puede consultarse el texto completo en el Anexo (artículo 2).

validez al tema de la novela -si puede llamarse novela, añade-: “habría que hablar de Freud y esas cosas; del descubrimiento de toda esa provincia nubada que es el subconsciente; especie de Galicia de nuestro mapa interior [...]. Al fin y al cabo, si Freud y todos esos del psicoanálisis, revelaron los mundos subconscientes, fue para purgarlos y aliviarnos, trayéndonos al área de la conciencia”. Pero Pemán no logra entrar en el fondo de la cuestión, solo se queda en la intuición y en la periferia, pues para él sencillamente en esta historia Cela nos lleva de la mano por el proceso de locura de la protagonista y es, pues, la locura la que explica estos comportamientos desviados o extraviados que incluso logran despertar ternura y piedad en el lector.

El texto de Pemán provocó una reacción en el periódico falangista *Arriba* por parte de Juan Fernández Figueroa, que seguía el hilo de lo anteriormente expuesto en *ABC* para arremeter contra las posturas que allí se habían defendido:

Quizá los lectores de *Arriba* piensen que este artículo que escribo me produce algún regocijo o fruición. Les doy mi palabra que no. [...] Pemán seguirá pensando cartas como esa y Cela publicando novelas como *Mrs. Caldwell*. Y yo me habré ganado dos enemistades de personas por las que siento estima en otro orden de cosas. Pero parece imposible conciliar lo irreconciliable. [...] Procuraré ser claro y breve:

1. La novela de Cela me resulta una broma.
2. No veo en ella por parte alguna el “subconsciente” de que habla el señor Pemán.
3. Lo que dice el Sr. Pemán en su envío al autor de *La familia de Pascual Duarte* me sume en bastante confusión

Fernández Figueroa sí comprende el tema de *Mrs. Caldwell* y vemos que lo sintetiza perfectamente en su artículo: “El meollo del libro parece consistir en una especie de complejo de Edipo al revés. Una madre que siente un vidrioso amor no estrictamente maternal por un hijo único”. Pero lo entiende precisamente para desaprobarlo.

También será en *ABC*, el 13 de septiembre de 1953, una semana antes de publicar el artículo de Pemán, donde el crítico literario de cabecera del periódico, Melchor Fernández Almagro, reseñaba la obra de Cela. En su artículo insiste en que se trata de una “novela poemática” y en que no es



una novela propiamente dicha, sino “una presunta novela, dado el acusado predominio de los factores poéticos”, pero también admite, como buen conocedor de la trayectoria literaria del escritor gallego que “esta característica no falta en ninguna de las obras de Cela”, es decir, que se trata de un autor que rompe -busca hacerlo- con los cánones narrativos. Si así se refería a la cuestión estilística de la obra, sintetiza el argumento como “el arrebato maternal de la mujer hipersensible que escribe a su hijo muerto cartas que suscitan un patético e irisado -reparemos en los adjetivos-mundo de emociones”, pero ahí lo deja para seguir de nuevo con el “elemento poético”. No profundiza más en la cuestión; opta por centrarse en aspectos como las influencias literarias que inciden en la trayectoria celiana: Baudelaire, Rimbaud o Rénard, en literatura extranjera, un poco de las greguerías de Gómez de la Serna que le permiten revalorizar el detalle y acercarse al poema en prosa, o como diría Clarín, “sacarle la sustancia poética a la vida prosaica”.

Un análisis, por tanto, fundamentalmente estilístico y formal de la obra, que pasa de puntillas por el contenido -le dedica solamente las dos líneas anteriormente transcritas-.

La publicación de *Mrs Caldwell* también estuvo presente el 15 de octubre de 1953 en la revista en la revista *Insula*,<sup>8</sup> un boletín literario de acreditado prestigio en su ámbito, que se había fundado en 1946, unos siete años antes, y que se autodefinía como “revista de letras y ciencias humanas”. La reseña, además, la firmaba José Luis Cano, fundador de la revista -acabaría siendo su director entre 1983 y 1987-, poeta y un respetado crítico literario. A pesar de ello, la reseña que *Insula* dedica a la obra de Cela, más bien breve, se centrará esencialmente también en la estructura, la técnica y el estilo, o sea, repara sobre todo en su composición diarística y en que no se trata de una novela convencional con sus requisitos de trama, acción y personajes. Es bien perceptible que a Cano no le gusta la obra, hecho que muestra explícitamente y sin contemplaciones: la novela es desigual, “no mantiene el interés de manera constante”, “falta acción”, “se abusa de la fase poemática”, etc. La alusión a lo polémico de su temática es también muy sesgada y se camufla entre una retahíla de adjetivos y breves definiciones. Se define como “la locura

---

<sup>8</sup> Puede consultarse el texto completo en el Anexo (artículo 5).

bellamente poética de Mrs. Caldwell”, quien escribe “día tras día a su hijo muerto, contándole cosas, recordándole escenas, comunicándole ideas o impresiones, reprochándole desgarradamente su desamor, o confesándole la pasión que sentía por él”. Resulta cuando menos llamativo que las reflexiones de un crítico de la relevancia de José Luis Cano, gran conocedor de la Generación de 27, director de la colección Adonais de poesía y un referente en el ámbito de la literatura española -al menos durante parte de la segunda mitad del s.XX-, no detalle o no analice con más pormenores la verdadera dimensión de esta obra de Cela.

La reseña más tardía de *Mrs. Caldwell* la encontramos en la revista falangista *Juventud*,<sup>9</sup> el 2 de diciembre de 1953, de la mano de Jaime Capmany, quien ofrece un extenso análisis tanto de la obra como de la trayectoria y el estilo que Cela había hasta mostrado entonces a través de sus publicaciones, de lo cual el crítico muestra tener notables conocimientos. Teniendo presente el talante de la revista, paradójicamente nos encontramos con un claro elogio hacia *Mrs. Caldwell*, aunque dejando “el subconsciente aparte” y sin meterse “en vara de camisa”, o lo que es lo mismo, eludiendo a propósito las controversias del tema: “la verdad es que me ha parecido bella y atrayente, tanto en lo que dice como en lo que no dice –dejemos el subconsciente aparte-, en lo que deja adivinar y en lo que no deja lugar a dudas, en lo que dicho deja y en lo que la obra tiene de no decir nada, pero decirlo deliciosamente. [...] Novela o no, con “tesis” o sin ella, con trasfondo o sin él, *Mrs. Caldwell habla con su hijo* nos ha parecido un delicioso libro, y tal como nos ha parecido lo decimos, sin meternos –y perdonad la tangente- en más vara de camisa.

---

<sup>9</sup> Puede consultarse el texto completo en el Anexo (artículo 6). Merece la pena indicar que en el presente artículo Campmany hace referencia a la carta abierta que José María Pemán había publicado anteriormente en *ABC* y a la reacción que este había suscitado en Juan Fernández Figuerola en *Arriba*.

## 2. OTRAS REVISTAS Y PUBLICACIONES MENORES QUE ATIENDEN A LA PUBLICACIÓN DE *MRS. CALDWELL*

Aparte de las mencionadas en el punto anterior, son solamente cuatro las publicaciones locales o de menor relevancia que abordan la publicación de *Mrs Caldwell* en España:

En el periódico *Baleares* (1953),<sup>10</sup> Lorenzo Villalonga, bajo su habitual pseudónimo Dhey, se pregunta si “¿es una novela la quinta novela de Cela?”, para argumentar que se trata en realidad de “pequeños poemas en prosa, donde Mrs. Caldwell, una inglesa muy piripi, muy loca, pintoresca y divertida, cuenta cosas a su hijo Eliacim, cosas sobre recuerdos, viejas anécdotas, ensoñaciones o sobre sensaciones experimentadas”. Es decir, el enfoque opta por atender las experimentaciones formales que desempeña Cela en esta obra poemática y se obvia la controversia del tema.

*El Noticiero*, de Zaragoza (13 de septiembre de 1953),<sup>11</sup> cuya reseña firma Francisco Ynduráin, crítico e historiador de la literatura que en aquel momento estaba ejerciendo como profesor en la Universidad de Zaragoza -había estado previamente en la de Salamanca y la de Oviedo-, periodo en que empieza a colaborar con el *Noticiero*. El contenido de su reseña lo podríamos sintetizar en tres reflexiones principales atendiendo únicamente a las referencias sobre la temática de la obra celiana. En primer lugar, la convicción de que en ella “Cela ha buscado, y solo en parte ha conseguido, otra peregrina mezcla de elementos extraños, en ese diario de Mrs. Caldwell, donde una sensibilidad morbosa, demencial y fantástica se expresa con aparente candor”. De ahí, “la caprichosa marcha del pensamiento y de los recuerdos de una mente trastornada”. No obstante, a su juicio, y a modo de síntesis, “el resultado son no pocas puerilidades o un descoyuntamiento que no logran salvarse ni apelando a la locura”.

La revista *Ecclesia* (5 de septiembre de 1953)<sup>12</sup> encuentra en la obra una suma de disparates inconexos, sin lógica ni coherencia: “Mrs. Caldwell escribe, dirigidas a su hijo, una serie de breves notas [...], una serie de greguerías, paradojas, visiones estrambóticas de los hechos

<sup>10</sup> Puede consultarse el texto completo en el Anexo (artículo 7)

<sup>11</sup> Puede consultarse el texto completo en el Anexo (artículo 8).

<sup>12</sup> Puede consultarse el texto completo en el Anexo (artículo 9).

corrientes, etc., puestas sin orden ni concierto. Tan falto de lógica es todo ello, que el autor tiene al final que ingresar a Mrs. Caldwell en el manicomio”.

La revista *Ateneo* (1 de noviembre de 1953)<sup>13</sup>, que publica una nota muy breve, no cree que estemos ante una obra a la que podamos considerar precisamente interesante puesto que no llega a prender la atención del lector debido a su monotonía, aunque está escrita con indudable ingenio, con buena prosa y hasta con algunos chispazos de lirismo. En cuanto al tema, se afirma que está repleta de truculencias y caídas en el mal gusto, frecuentes en este autor, leemos.

En definitiva, tras recorrer todas las alusiones a *Mrs. Caldwell* en la prensa española de 1953, año de su publicación, llegamos fácilmente a la conclusión de que la crítica del momento sí entiende y percibe el tema de la obra: no se trata de que “se entienda a medias” debido a los fragmentos que la censura había excluido, tal como se lamentaba Cela. Pero a raíz de las circunstancias sociohistóricas o sociopolíticas del momento -no nos referimos únicamente a la censura, sino a otros actores que se suman a ello como la moral imperante, las cuestiones del gusto, lo políticamente correcto, la aversión a la subversión, etc.-, los críticos, salvo las excepciones de Antonio Vilanova, el más explícito, y de José María Pemán, optan por pasar por alto la temática incestuosa que define esta obra. Lo eluden centrando el foco de atención en cuestiones de estilo y de experimentación formal o incluso lo insinúan sesgadamente para desaprobalo y para embestir contra el mal gusto del escritor, hecho que demuestra, efectivamente, que el fondo medular de *Mrs. Caldwell* no pasó por alto a ningún crítico. Tendrán que transcurrir aún algunos años, cuando se oxigene el marco contextual, para tratar más explícitamente desde el ámbito de la crítica esta “pasión incestuosa” que circula por sus páginas.

---

<sup>13</sup> Puede consultarse el texto completo en el Anexo (artículo 10).

**BIBLIOGRAFÍA**

- Cano, José Luis, “Camilo José Cela: *Mrs. Caldwell habla con su hijo*”, *Ínsula*, 15 de octubre de 1953.
- Capmany, Jaime, “Los brumosos naipes de C.J.C.”, *Juventud*, 2 de diciembre de 1953.
- Cela, Camilo José, “La cabeza, la geometría y el corazón”, *Mrs. Caldwell habla con su hijo, Obras Completas*, VII, Barcelona, Destino, 1969, pp. 363-374.
- Cela, Camilo José, *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, Barcelona, Destino, 2003.
- Cela, Camilo José; Vilanova, Antonio, *Correspondencia*, Adolfo Sotelo [Pról.], Blanca Ripoll y Gemma Márquez [eds.], Barcelona, PPU, 2012.
- Cela, Camilo José, *La forja de un escritor (1943-1952)*, Adolfo Sotelo [Sel. y Pról.], Madrid, Fundación Banco Santander, 2002.
- Fernández Almagro, Melchor, “Mrs. Caldwell habla con su hijo”, *ABC*, 13 de septiembre de 1953.
- Fernández Figueroa, Juan, “Pemán, Cela y Mrs. Caldwell”, *Arriba*, 12 de noviembre de 1953.
- Pemán, José María, “Carta a Camilo José Cela”, *ABC*, 20 de septiembre de 1953.
- Platas, Tasende, Ana María, *Camilo José Cela*, Madrid, Síntesis, 2004.
- Sobejano, Gonzalo, “Cristo versus Arizona: confesión, crónica, letanía”, *El Extramundi y los Papeles de Iria Flavia*, 9, 1997, pp. 146-147.
- Sotelo Vázquez, Adolfo, “Mrs. Caldwell habla con su hijo o la penumbra de una soledad ardiente de deseo”, en Cela, Camilo José, *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, Barcelona, Destino, 2003, pp. 7-38.

Umbral, Francisco, *Cela, un cadáver exquisito*, Barcelona, Planeta, 2002.

Vilanova, Antonio, *Novela y sociedad en la España de posguerra*, Barcelona, Lumen, 1995.

Yndurain, Francisco, “Sobre dos novelas recientes”, *El Noticiero*, 13 de septiembre de 1953.

**ANEXOS<sup>14</sup>****DOCUMENTO 1*****CORREO LITERARIO*****1 de diciembre de 1953**

Los libros más vendidos. Según estadística que nos comunica al C.E.C.E.L. obtenida a base de los informes suministrados por treinta librerías de toda España, los libros de autor español más vendidos durante los últimos dos meses han sido por este orden:

1. *Los cipreses creen en Dios*, de José M<sup>a</sup> Gironella.
2. *Nosotros, los Rivero*, de Dolores Medio.
3. *El país vasco*, de Pío Baroja.
4. *Mrs. Caldwell habla con su hijo*, de Camilo José Cela.
5. *La voluntad de vivir*, de Vicente Blasco Ibáñez.
6. *La otra vida del capitán Contreras*, de Torcuato Luca de Tena.
7. *Manuales de Jardinería*, de Noel Clarasó.
8. *La noria*, de Luis Romero.
9. *Una vila del vuitcents*, de Gaziel.
10. *Antonio Maura*, de García Venero.

**ARTÍCULO 1****ANTONIO VILANOVA, *DESTINO*****35 de julio de 1953**

---

<sup>14</sup> Los documentos del presente Anexo siguen el orden de aparición en el artículo. Asimismo, cada uno de los artículos que forman parte del Anexo se ha transcrito siguiendo con fidelidad los textos de las publicaciones originales, sin añadir correcciones de ninguna índole.

En tanto el público lector de dos continentes espera con impaciencia la aparición del segundo volumen de *Los caminos inciertos*, el vasto retablo de la España contemporánea que Camilo José Cela inició en su magnífica novela *La Colmena*, una nueva producción novelesca, de estructura y estilo muy desemejantes, sitúa nuevamente en el primer plano de la actualidad literaria la figura del gran novelista gallego. En efecto, la recentísima aparición de la novela coloquial y poética *Mrs. Caldwell* habla con su hijo, que acaban de publicar Ediciones Destino (Barcelona, 1953), nos enfrenta, según declaración expresa del autor en el interesantísimo prólogo que encabeza la obra, con la quinta de sus novelas y con la quinta técnica de novelar ensayada por él hasta el presente. Antes de proceder a un somero análisis de esta nueva obra que, a pesar de sus breves dimensiones, no es la menos audaz y renovadora de sus novelas, vale la pena de extractar aquí la personal opinión que le han merecido a su creador las diferentes técnicas narrativas utilizadas en cada uno de sus libros.

En efecto, según declara en el mencionado prólogo: “*Pascual Duarte* es una novela lineal, escrita en primera persona, que abarca toda una intensa vida. *Pabellón de reposo* es más bien una novela ensamblada, como los pisos de parquet, escrita, también en primera persona, desde los diversos ángulos de cada uno de los personajes, y en la que no se atiende sino a los estertores, a las últimas luces de cada candil. En el *Lazarillo*, una novela calendario, sigo con la primera persona y me ocupo del despertar de mi pícaro hasta su oficial consideración de hombre, hasta su entrada en el cuartel para servir al Rey. En *La colmena* salto a la tercera persona. *La colmena* está escrita en lo que los gramáticos llaman presente histórico, que ya asomé, si bien tímidamente en algún pasaje de mi obra anterior. *La colmena* es una novela reloj, una novela hecha de múltiples ruedas y piececitas que se precisan unas a otras para que aquello marche. En *La colmena* no presto atención sino tres días de la vida de la ciudad, o de un estrato determinado de la ciudad, que es un poco suma de todas las vidas que bullen en sus páginas, unas vidas grises, vulgares y cotidianas, sin demasiada grandeza, esa es la verdad. *La Colmena* es una novela sin héroe, en la que todos sus personajes, como el caracol, viven inmersos en su propia insignificancia. En *Mrs. Caldwell* intento, hasta donde pensé que pudiera hacerlo sin riesgo de confundir al lector, la segunda persona”.

Ta vez para alguno de nuestros lectores, no resulte muy dura la intención a que alude el autor, ni la técnica que ha utilizado en la última de sus novelas cuando habla de segunda persona. Creo, aunque no es fácil



explicarlo en pocas palabras, que es posible comprender el procedimiento narrativo a que alude si se tiene en cuenta que la segunda persona es aquella a quien se dirige el que habla o escribe. Y que si aparece ya en el diálogo, como es propio del género, por otra parte adquiere su máxima importancia en la novela epistolar, especialmente apta para la confesión íntima, la confidencia amorosa y la efusión sentimental. La segunda persona requiere forzosamente la existencia de la primera, y sólo en el caso de una total anulación de ésta es posible que adquiera mayor importancia y relieve que la que habla o escribe, pues, dentro de la ficción novelesca, no puede ser más que una proyección de sus sentimientos y recuerdos.

Utilizada corrientemente por los poetas en sus raptos e invocaciones a la luna o a la amada desdeñosa y esquiva, la representación de la segunda persona en el seno de la novela viene a ser como un diálogo con un interlocutor callado y distante, cuya respuesta no es posible esperar, quien se habla como si estuviese entre nosotros. Desde la aparición de las *Cartas portuguesas*, toda novela sentimental y epistolar en la que no aparecen las respuestas del destinatario, ha cultivado con más o menos éxito la representación de la segunda persona.

En *Mrs. Caldwell*, Camilo José Cela ha utilizado en forma lírica y coloquial y con una deliberada fragmentación e incoherencia, es difícil procedimiento narrativo, para poner de relieve la obsesión morbosa y malsana que ha dejado en la mente de la protagonista la trágica muerte de su hijo. La colección de cartas imaginarias que Mrs. Caldwell dirige a su hijo muerto, en las que rememora con morbosa complacencia los diferentes momentos de su vida, no posee una continuidad narrativa ni una trama argumental precisa, sino que, en su patético extravío, dialoga con el fantasma del ser querido que sólo existe ya en su recuerdo.

Aun cuando esas extrañas cartas encierran un interminable diálogo sin respuesta, es evidente que la forma epistolar, de tono poemático y coloquial, es sólo un pretexto para dar mayor relieve a la presencia irreal del hijo muerto en el soliloquio de Mrs. Caldwell. La mera utilización del monólogo interior probablemente no hubiera logrado dar la sensación de delirio alucinado y de consciente desvarío que producen esas cartas, en las cuales la oscura y trágica verdad que sin duda la protagonista hubiera acabado por confesarse a sí misma, aparece solo entrevista y apenas desvelada al dirigirse directamente al hijo muerto.

Verdadera colección de poemas en prosa, cuya exquisita belleza estilística posee una calidad excepcional, nada más lejos del mero lirismo sentimental y subjetivo o de la pura ornamentación formal de palabras e

imágenes, que esta sucesión ininterrumpida de angustias secretas y minúsculos dramas. Al igual que en las mejores páginas en prosa que Rimbaud, se trata de un encadenamiento prodigioso y sutil de intuiciones e ideas, sensaciones y recuerdos, en los que aflora un turbio poso de amor y melancolía y la secreta adivinación de un drama humano, en el que se oculta el ocaso viril de un fin de raza y el ardor malsano de una pasión incestuosa.

A través de los soliloquios y rememoraciones de Mrs. Caldwell y de su lúcido extravío, el autor ha revestido de íntimo dolor y angustioso patetismo el desesperado amor de esta mujer, su extraordinaria abnegación, su inconsciente egoísmo, sus celos inconfesables y turbios deseos, rodeándola insensiblemente de un clima viscoso y denso, alucinado e irreal, que la acompañará hasta la locura y la muerte que ponen fin a sus días. Verdadero alarde de virtuosismo y de maestría estilística, que acredita al gran novelista gallego como un poeta en prosa realmente excepcional, sería difícil encontrar entre nosotros un libro tan original, tan rico de intuiciones y aciertos y a la vez tan sugerente y revelador, pese a su deliberada carencia de pretensiones trascendentales. Libro recluido deliberadamente en las honduras del alma para bucear en los más secretos paisajes de la subconsciencia, donde ha extraído destellos hirientes y turbadoras imágenes que configuran la compleja personalidad de su enigmática heroína.

## ARTÍCULO 2

**JOSÉ MARÍA PEMÁN, *ABC***

**20 de septiembre de 1956**

**“CARTA A CAMILO JOSÉ CELA”**

Yo creo, querido, admirado, Camilo José Cela, que tengo la obligación moral de transmitirte la rabia que me da el que me haya gustado tanto tu novela “Mrs. Caldwell habla con su hijo”. Me ha gustado con la pasión de lo pecaminoso frente a unos cánones literarios –muy del Sur, del Mediterráneo- que lo más bello que tienen es, supongo, su provisionalidad

tambaleante. Cánones para ser violados; reglas para sazonar el gozo de lo antirreglamentario. Tu libro me ha agredido, renglón a renglón, como, ola a ola, la marea de la playa, y cuando creí que estaba naufragando, resultó que estaba bañándome en pura gracia estética... Tengo la obligación de decírtelo, con esa honradez deportiva con que en los asaltos de esgrima se dice “tocado”, confesando el botonazo que se ha sentido en el peto. Con esa cara boba con que tira las cartas sobre la mesa el jugador, y dice: “Lo demás, para usted”.

Tú y yo somos técnicamente escritores muy distantes, con órbitas apenas tangentes, para la raquílica astronomía de los cafés o las tertulias. Tú eres una especie de energúmeno galaico, mordaz y valleinclanescos; yo, una especie de enjuto clásico del Sur, timorato de brumas y de audacias. Creen –ya alguna vez lo dije– que a mí, cuando escribo, me está tirando de una manga un cura y de otra una duquesa. Y que a ti, cuando compones, te empujan por la espalda todas las “meigas”, brujas y aparecidos que florecen entre los maíces del noroeste. No tiene nombre lo que tú y yo nos reímos de todo esto. Y las carreras supersónicas que damos, de vez en cuando, para encontrarnos en citas clandestinas y antirreglamentarias, por los montes elíseos, a hurto de nuestras escoltas: la tuya, que desconoce a Pemán, y la mía, que se asusta de Cela.

Yo te hablo en esta carta como Mrs. Caldwell habla, en tu libro, a su hijo: desvariando en una soledad sin compromisos. Tú eres magníficamente gallego. Tu voz me llega siempre como una voz recoleta desde detrás de la rejilla de cristal del “orvallo”. Yo estoy del lado de acá del locutorio, junto a un mar luminoso, en el que, a veces, se pescan, en vez de meros, bonitos o ahogados, estatuas romanas. Tu libro se me ha metido por los ojos como una caridad frente a tanto dolor de sol y de perfiles. Se me ha metido como el otro día, de pronto, se metió en la playa de Cádiz, donde se celebran carreras de caballos, una niebla extemporánea, equivocada de horario y de camino. Agosto debió de telegrafiar a todas las estaciones de tránsito, seguro de un error en la facturación. Los gaditanos estaban muy anchos y decían: “Parece el Derby”. No se veían los dedos de la mano, y el Jurado se volvía loco para distinguir los caballos que, de golpe vomitaba la bruma pocos metros antes de la meta. Yo comprendía, aquella tarde, el encanto de Galicia. Es así como en todo, hasta en política, los gallegos ganáis vuestras carreras, sin que se os vea venir. Es así como tu libro, alucinador, avanza entre las nieblas hacia una meta con banderas de colores. Y así como tú inesperado, huidizo, prudentísimo, reapareces, de pronto, en tus mejores logros, desesperando

a una serie infinita de lectores que se sienten vencidos por el “arma secreta” de un escritor inclasificable, que no acaban de saber si se llama José Camilo o Camilo José.

Así es como vence al lector Mrs. Caldwell con su morbosa, torturada correspondencia, dirigida a su muchacho, ahogado en el mar Egeo. Técnicamente, habría que hablar de Freud y esas cosas: del descubrimiento de toda esa provincia nubada que es el subconsciente; especie de Galicia de nuestro mapa interior. Todo lo de ese mundo íntimo y recién descubierto, masa compacta en la que se pasa, sin aduanas, como pasa Mrs. Caldwell, de los acordeones a los sombreros de copa, reclama ahora sus derechos de vida, como los indios del Nuevo Mundo en las “Relecciones”, del padre Vitoria. De tu libro puede decirse que el que esté libre de incongruencias solitarias y vergonzantes, tire la primera piedra. Que el que nunca haya hecho, a solas, visajes para vérselos en el espejo, le tire la primera crítica académica. Tu libro está construido con una tierna crueldad impávida, poniendo en una misma línea de revolucionaria igualdad todos los dinamismos psicosomáticos de Mrs. Caldwell: razones, pensamientos, emociones, deseos, digestiones y neuralgias. Tu libro no lo podían escribir, aparte de tú mismo, sino el espejo, el armario, las zapatillas y demás elocuencias tibias de la alcoba de Mrs. Caldwell. Es un libro fabricado por ella, en peinador, sin pintar, con ojos de sueño y llanto, con dudas sobre sí misma. Lo que tú le has añadido, aunque parezca paradójica, es una gran dosis de razonable análisis. Al fin y al cabo, si Freud y todos esos del psicoanálisis, revelaron los mundos subconscientes, fue para purgarlos y aliviarnos, trayéndonos al área de la conciencia. Si aconsejan hablar claro, y a tiempo, a los niños sobre el misterio de la vida, es para que echen afuera, convertidos en claridad consciente, los complejos que les trabajan el alma. Ignorar es suponer: y la imaginación es más perversa que la mediocre realidad. De una niña ingenua me contaron que no bien rozaba la mano de su novio, ya miraba al cielo a ver si venía la cigüeña. Esto es más enrevesado y peor. Con esa precisión lúcida y terapéutica, nos has revelado tú el mundo tumultuoso de Mrs. Caldwell. La pobre, indudablemente, se vuelve loca al final del libro. O quizá está ya loca desde el principio. Pero tú nos llevas de la mano por el proceso de su locura de un modo tan razonable y exacto que toda piedad y ternura se refugian en el lector. Uno acaba sintiéndose estremecidamente bueno al lado de la pobre madre, a fuerza de haberte sacrificado tú en hacerte el malo y empujarla duramente hacia nosotros, para que se nos eche al cuello.

Debe ser por esta lucidez última por lo que a mí me ha conquistado tanto tu libro tan brumoso. Me ha pasado, un poco, como al “Séneca” cuando iba a caballo, en la fila de jinetes, en un concurso de galgos. Iba en la fila una inglesita joven y preciosa, con el pelo cortado como un chico, cuello, corbata, pantalones y “briches”. El “Séneca” la miraba con insistencia y palidecía. Hasta que, de pronto, se me acercó con su caballo y me dijo con voz angustiada:

-Don José de mi alma, que esto no me ha pasado a mí nunca..., que me está a mí gustando el afeminadete ese inglés.

El “Séneca” se quedó muy tranquilo al enterarse de que era una señorita... Como yo también me quedo muy tranquilo al comprender que en tu libro, que de ese modo ha asaltado mi sensibilidad, hay, simplemente, una tarea clara, lúcida y razonable, de espléndido escritor.

Y, por Dios, que no sepan nuestras escoltas que tú y yo nos escribimos y nos comprendemos.

### ARTÍCULO 3

**JUAN FERNÁNDEZ FIGUEROA, *ARRIBA***

**12 de noviembre de 1953**

**“PEMÁN, CELA Y *MRS. CALDWELL*”**

Este artículo debería haberse publicado hace algunos días. Hoy, en lugar de él me gustaría referirme a la entrevista de Belmonte que he leído en “El Español”. Me ha causado sorpresa su claridad de ideas, su carácter, su honda personalidad. Al final de la lectura no he podido reprimir una exclamación para entre mí: “¡Qué tío!” Pero he de cumplir un deber. Me ocuparé de esa entrevista y de Juan Belmonte otro día. Ahora voy a referirme, no obstante al retraso, a Pemán y su pasada “Carta a Camilo José Cela” en “ABC”, dirigida al escritor gallego por su libro “Mrs. Caldwell habla con su hijo”, que ha impresionado vivamente al escritor andaluz.

Quizá los lectores de *ARRIBA* piensen que este artículo que escribo me produce algún regocijo o fruición. Les doy mi palabra que no. Es enojoso y no redundo más que en perjuicio mío. Pemán seguirá *pensando* cartas como ésa y Cela publicando novelas como “Mrs. Caldwell”. Y yo

me habré ganado o acentuado dos enemistades de personas por las que siento estima en otro orden de cosas. Pero parece imposible conciliar lo inconciliabile. Cada uno debe seguir su inclinación natural, los dictados de su conciencia, y la mía me dicta lo que va a continuación. Procuraré ser claro y breve.

1. La novela de Cela me resulta una broma.
2. No veo en ella por parte alguna el “subconsciente” de que habla el señor Pemán.
3. Lo que dice el Sr. Pemán en su *envío* al autor de *La familia de Pascual Duarte* me sume en bastante confusión.

Resulta que lo que el señor Pemán ha envidiado, ahora se ve, es el “celismo”. Una secreta *afinidad electiva* se desprende de esa carta... Uno creía que lo que de verdad le gustaba hacer a Pemán era el “El Divino Impaciente”, cumpliendo y sirviendo así sus ideas y su fe. Allí está instalado en el mundo de creencias y vigencias morales e intelectuales que le es, en nuestra opinión, propio. Resulta que en su carta abierta de “ABC” contraviene ese juicio: se desdice de lo sostenido antes, guiña un ojo por detrás del público que le sigue y se da la mano con el antípoda, con algo que no es lo que hasta aquí ha defendido y por lo que ha luchado, indudablemente con denuedo. ¿No es para sentir perplejidad? La contradicción en que el señor Pemán incurre revela que el sistema de ideas a que ha dedicado los mejores años de su vida no es muy firme ni íntegro, cosa que ya nos hizo sospechar, por poner una muestra, su estreno de “La casa”, en Lara. Ha servido esas ideas sin verlas en su nuda realidad, sin descubrir su última, íntima esencia: quiero decir que la versión en su obra literaria de la fe que profesa es insuficiente en lo intelectual e insípida y “casquivana” en lo moral; el destello de las ideas de otros, opuestas, hace parpadear las suyas y le deslumbra. Yo ya sabía que el punto flaco de las de Pemán era éste, su acuidad y mixtura: mucha apariencia de “seguridad” y “legalidad” exterior; tibieza y ambigüedad por dentro. Ahora confirmo ese juicio, y crea el Sr. Pemán que no me produce ningún gusto. (Repito aquí la promesa de aclararlo más por extenso en un estudio, meditado y sin prisa, de su obra, significativa por reflejar un estado de conciencia muy generalizado en el catolicismo o la “derecha” españoles, que en ningún modo identifico más que en lo que aquél tiene en ésta de desvirtuado, de acartonado).

En lo que no hay contradicción o menor de la que se supone, es en que el señor Pemán admire a Cela y comparta sus maneras de ver y contar..., aunque le falte, ese toque de gracia, especie de don o instinto que hace del novelista gallego una caso “aparte”. Las distancias como escritor entre uno y otro no son insalvables. Desde cierto punto de vista, ambos cultivan la paradoja, el juego de palabras ingenioso, *social* —en función del lector a quien se dirigen—, y un sabio condimento del lenguaje, con “sorpresas” por transposición. Pemán, introduciendo una ironía o la sorna cuando simula hablar más en serio. Cela, soltando un chiste o un taco a mitad del renglón en que está hablando de la joven tierna y virgen, la nube rosada, el lirio inmaculado... Contra lo que parece —y sé que produzco pasmo— ambos son escritores de salón que hablan para *epatar*, distraer y dejar con la boca abierta al corro que escucha mudo. Uno a un público, otro a otro. Uno en una medida, otro en otra. Cela juega a “niño terrible”. Pemán, a viejo de vuelta de todo... Es la suya una comprensión “galante”, no compartida de verdad, no dolorosa, como la verdadera caridad —que eso es comprender—. Se trata de una comprensión en el humor, no en el amor, como debe serlo la de buen cuño intelectual. Nada nos hace suponer que ahora mismo el señor Pemán no haya recibido una carta de Cela en la que éste guiñe también el ojo a espaldas de su público, calificado por don José María Pemán de “escolta”, con ese gracejo innegable que el escritor tiene, a costa, precisamente, en ocasiones, de la “escolta”. ¡Y aun a las escoltas, a la suya y a la de Cela, les hace gracia!

En cuanto a “Mrs. Caldwell”, yo veo lo contrario que el señor Pemán: un *subconsciente* muy pequeñito y mixtificado, invención sin pizca de verosimilitud de lo que pasa en el alma de cualquier madre Caldwell de carne y hueso y la dosis de *celismo*, elevada aquí al cubo, con que Cela embroma a sus lectores habitualmente y cuya fórmula “técnica” al escribir he sugerido arriba. El meollo del libro parece consistir en una especie de complejo de Edipo al revés. Una madre que siente un vidrioso amor no estrictamente maternal por un hijo único muerto “en las porcelosas aguas del mar Egeo”, según le cuenta al autor el “albacea testamentario de la entrañable vieja errabunda”, a quien conoció “en Pastrana robando azulejos históricos”, sir David Laurel Desvergers, “capador de codornices y miembro de honor de la Real Sociedad Geográfica de Gwynedd...”. Doy estos datos no por burla, sino porque son como el faro de señales del libro. Lo que sigue luego es de ese jaez y está montado sobre esa artimaña: nombres extranjeros, *Algunas palabras al que leyere*, una *Advertencia*, 212 capítulos de quince o veinte renglones cada uno —el título es mayor

que el texto en varios de ellos- y otra *Advertencia*, también de diecisiete renglones. Voy a copiar uno. *Título*: “LEVANTÉMONOS AL AMANECER PARA VER LA SALIDA DEL SOL, LA MAJESTUOSA SALIDA DEL SOL, SOBRE LA VIEJA Y REDONDA COLINA DONDE CRECEN LAS AROMÁTICAS Y TÍMIDAS FLORECILLAS SILVESTRES.” *Texto*: “Todo esto me dijiste tú una noche después de cenar. Yo tuve que responderte: - No, hijo, no; a pesar de todo, no.”

Y así hasta 212. Me acuerdo de “La vida que te di”, de Pirandello. También allí a una madre se le muere un hijo. ¿Qué vemos? Cuarenta o cincuenta páginas –lo que dura una obra de teatro- angustiosas y estremecedoras, en las que la mujer se vuelve loca y ve a su hijo como si el tiempo no hubiera pasado, con una evidencia que atornilla al lector en su butaca y le conmueve en sus entrañas, voluntad y entendimiento. Lo que sucede siempre que uno se enfrenta con una obra de arte auténtica, sincera en el alma del autor, que eso es *auténtica*, sentida y profunda.

Nada de esto me ha ocurrido leyendo “Mrs. Caldwell”. ¿Cómo sí a don José María Peman? Por afinidad indudablemente con el mundo espiritual de Cela, y esto es lo que hace sospechosa su carta. Sólo admiramos o nos divierte aquello que comprendemos o queremos, comprendido por ser querido o viceversa. Al señor Pemán le divierte, entiende y admira “Mrs. Caldwell” y, en general, la literatura de su polo opuesto en las letras, Camilo José Cela. No tenemos nada que objetar. Pero en adelante el señor Pemán nos permitirá que sospechemos, siquiera sea vaga y remotamente, que cuando firma “Las Cortes de Cádiz”, lo que le gustaría firmar en realidad es “La colmena”.

Tal sospecha ya digo que en mi ánimo tiene razones fundadas, no de hoy. Por quien lo siento es por la “escolta” del señor Pemán, que va a sorprenderse del contrasentido. Aunque quizá tampoco se sorprenda de esto...

#### ARTÍCULO 4

MELCHOR FERNÁNDEZ ALMAGRO, *ABC*

13 de septiembre de 1953

“MRS. CALDWELL HABLA CON SU HIJO”, POR CAMILO JOSÉ CELA.  
EDICIONES “DESTINO”, BARCELONA, 223 PÁGINAS; 50 PESETAS.



“La novela es siempre una concreta realidad –nos dice Camilo José Cela en unas sabrosas palabras “Al que leyere”- y nunca una figuración” ¿Por qué no una figuración también? Precisamente, el libro que motiva el presente comentario –“Mrs. Caldwell habla con su hijo”- podrá ser de traza más o menos novelesca, pero evidentemente es de “figuración”. Como que ese hijo, a quien dirige Mrs. Caldwell sus cartas, sólo nos es conocido por natural y obligada referencia, por su proyección en el apasionado juego de sentimientos e ideas a que se entrega la madre que le sobrevive: hijo muerto heroicamente en el Mediterráneo oriental, como nos advierte al autor, y como confirma Mrs. Caldwell: “... estás muerto y más que muerto, yo lo sé, muerto con todos tus compañeros del “Furious”, muerto en el verde y rojo fondo de la mar, hijo mío...”

Eliacim Arrow Caldwell –así se llama- es la “segunda persona” a que Camilo José Cela se refiere en el ya citado prefacio, cuando señala la variante técnica de esta su quinta novela. Razonado su arte, el autor, lúcidamente, distingue “La familia de Pascual Duarte”, “Pabellón de Reposo” y “Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes” respecto a “La colmena” y “Mrs. Caldwell habla con su hijo”, porque se hayan escritas en primera persona. Pero desde este punto de vista, no cabe señalar diferencia alguna con la novela que motiva el presente comentario... Mrs. Caldwell llena toda la novela y por su “yo” se expresa el sutil y complejo mundo de observaciones, recuerdos, asociaciones de ideas e imágenes, pensamientos, atisbos y notas múltiples que entran a componer la presunta novela. Presunta decimos, porque, en realidad, se trata de una novela poemática, modalidad que no tiene por qué verterse en un molde exigente por lo que hace al canon narrativo. “Mrs. Caldwell habla con su hijo” no es una novela propiamente dicha, ni habría de serlo, dado el acusado predominio de los factores poéticos. Todo el arrebato maternal de la mujer hipersensible que escribe a su hijo muerto cartas que suscitan un patético e irisado mundo de emociones, trasciende un lirismo que constituye, a nuestro juicio, la verdadera y profunda razón diferencial de esta nueva obra de Camilo José Cela.

Ese elemento poético, a que acabamos de aludir, no falta en ninguna de las obras de Cela, por mucho que se desvanezca en los últimos términos de la composición, y sólo avance al primer plano en determinados momentos, por ejemplo, de “La familia de Pascual Duarte”. No es ese, ni mucho menos, el caso de ahora. En “Mrs. Caldwell” la poesía se identifica con el único personaje de inmediata realidad, y convence al lector de la existencia en Cela de un poeta, pese al realismo hegemónico de sus obras

vistas en conjunto. Pero en ese orden de transfiguraciones se acreditan los artistas de raza.

Influencias, lecturas, fuentes de conocimiento e inspiración, afinidades, parecidos... Oscura y ardua cuestión es esa a que da lugar el examen de una obra literaria o artística en función de sus causas inmediatas, olvidando casi siempre las razones primeras: dotes creadoras y temperamento de autor. Acerca de la relación que puede existir entre la novela picaresca clásica y Camilo José Cela se han hecho multitud de tópicos consideraciones. Pero no suele repararse, por el contrario, en esa poesía áspera, delicada e irregular, que no necesita del verso para expresarse, de filiación extraña, en alguno de sus matices, a nuestras letras; poesía que en tanto grado contribuye a explicar la literatura de Cela. Valgan estos nombres magistrales de suma representación: Baudelaire, Rimbaud, Rénard... Es la línea misma que en determinados puntos toca a Ramón Gómez de la Serna. Siempre a su personal manera, Cela también “gregueriza”, y es que la greguería, esto es, el descubrimiento y libre valoración del detalle –directamente captado o traspuesto a imagen audazmente creada- se emparenta muy de cerca con el poema en prosa.

“Mrs. Caldwell habla con su hijo” ofrece gran riqueza temática. Entre las historias que Cela cuenta o insinúa, los tipos, paisajes o escenas que describe y los rasgos de la vida cotidiana que poetiza, el “monólogo interior” y la calicata psicológica acusan sus profundidades. Si tratásemos de fijar equivalencias con las artes plásticas, diríamos que, junto a las alucinantes aguasfuertes típicas del autor, hallamos estampas y acuarelas en que el delirio se asiste de suaves colores y delicado tono sentimental.

## ARTÍCULO 5

JOSÉ LUIS CANO, *INSULA*

15 de octubre de 1953

**CAMILO JOSÉ CELA: MRS. CALDWELL HABLA CON SU HIJO. COLECCIÓN “ANCORA Y DELFÍN”. EDIT. DESTINO. BARCELONA, 1953**

Las fórmulas y las técnicas de la novela actual son múltiples, y cada novelista tiene perfecto derecho a usar las que se le antoje. La técnica que usa Cela en *Mrs. Caldwell habla con su hijo* no es, desde luego, la

tradicional, pero tampoco es ninguna novedad revolucionaria. En realidad, es la fórmula del diario, aunque sazónada con nuevos ingredientes. Sólo que en ese diario no hay apenas lo que muchos exigen de la novela: una trama, una acción, unos personajes. Nada de eso existe en *Mrs. Caldwell habla con su hijo*. El único personaje –eso sí, trágico- es esta Mrs. Caldwell que escribe, día tras día, a su hijo muerto, contándole cosas, recordándole escenas, comunicándole ideas o impresiones, reprochándole desgarradamente su desamor, o confesándole la pasión que sentía por él. No niego que se pueda conseguir una excelente novela con un solo personaje –ya se ha intentado esta fórmula en el teatro-, pero lo creo sumamente difícil. Mucho más cuando se prescinde, como lo ha hecho Cela, de la acción. Entonces la novela se reduce al retrato de ese único personaje, y *Retrato de una dama* podía haberse llamado, como en el poema de Eliot, esta reciente obra de Cela. En este retrato, no todas las pinceladas son de la misma calidad. A Mrs. Caldwell se le ocurren demasiadas cosas, y era difícil que todas tuvieran el mismo interés. Cela abusa, a veces, de la frase poemática y del pequeño poema en prosa, que, dentro de una novela –y como novela está presentado el libro-, por muy bello que sea, se nos antoja algo fuera de lugar. En resumen, a falta de acción, y de personajes, Cela ha tenido que rellenar los huecos con demasiada literatura, no siempre convincente. Las páginas finales, en que presenciamos la locura bellamente poética de Mrs. Caldwell, son quizá lo mejor del libro. En el cual hay, por otra parte, mucha poesía, y no faltan las páginas en que reconocemos al mejor Cela, que es, para nuestro gusto, el de *La colmena*. Y no es afán de encasillar su literatura, sino decir, simplemente, dónde nos parece que su pluma ha alcanzado una eficacia y una hondura mayor, como novelista.

## ARTÍCULO 6

JAIME CAMPMANY, JUVENTUD

2 de diciembre de 1953

“LOS BRUMOSOS NAIPES DE C.J.C.”

Las fórmulas y las técnicas de la novela actual son múltiples, y cada novelista tiene perfecto derecho a usar las que se le antoje. La técnica que usa Cela en *Mrs. Caldwell habla con su hijo* no es, desde luego, la tradicional, pero tampoco es ninguna novedad revolucionaria. Estas extrañas cartas que mister Caldwell dirige a su hijo (“su adorado hijo Eliacim, tierno como la hoja del culantrillo”) me parecen como una mano de naipes a medio jugar o a medio descubrir, cantadas apenas como en un rehusado envite de póker, en el que queda casi todo, salvada la ley de abrir, a la adivinación del punto contrincante –el lector, en este caso-, sin que se alcance a saber a ciencia segura por cual palo pintan.

Algo grave se huele el “sufrido lector”, igual que cuando se mastica jugada grande, cercana a lo espantable o a lo inverosímil, de escalera de color para arriba; una de aquellas jugadas que, a las veces, se quedan en ese artístico “farol”, bien administrado, de la pareja de sotas.

Ya que va de metáfora, aprovecharé para aventurar que en esto de la literatura –desde el sillón de lector-, como en lo otro del póker, el secreto consiste en saber “tirarse”, en saber “tirarse” a tiempo. Y, aparte de que C.J.C. es mal sujeto para jugarse los cuartos con él, y conste que es confesión suya, hay que dejarle ganar de vez en cuando, aun sin jugada. Y, lo que es peor, aun quedándonos sin saber si la tiene o no, que es una de las cosas que más rabia dan. A C.J.C. siempre le debe el lector una especie de contribución, una parte del resto, no por las cartas que ligue, sino por la gracia y desparpajo con que las juega: Casi se le puede perdonar que nos haga trampas, solamente por divertirse uno con la trafulla. Yo, por lo menos, sí que se lo perdono, y cómo de antemano estoy dispuesto a perder no me indigno cuando pierdo.

No sé hasta qué punto sea obligación del crítico el encasillar el libro en cuestión dentro de un determinado género y exigirle entonces, al autor que cumpla como bueno dentro de ese género, de manera pura y entera, sin desvanecimientos ni misturas. Y prefiero quedarme con la duda, porque si resultara que sí, que uno está obligado a todo eso, yo no sabría dónde encasillar este “Mrs. Caldwell habla con su hijo”; me tendría que plantear una serie de problemas que nunca me apetece plantearme con C.J.C. y, a lo peor, terminaba por decir que la obra era una estupidez graciosillamente dicha, cuando la verdad es que me ha parecido bella y atrayente, tanto en lo que dice como en lo que no dice –dejemos el subconsciente aparte-, en lo que deja adivinar y en lo que no deja lugar a dudas, en lo que dicho deja y en lo que la obra tiene de no decir nada, pero decirlo deliciosamente.

A C.J.C. se le ha regateado mucho –no de ahora, sino de antiguo, de cuando a irrupción, mejor que salida de “La familia de Pascual Duarte”-, el reconocimiento de la entidad de novelista. Y, en cambio, se le han aplicado los elogiosos calificativos como periodista (algo parecido a lo que sucede, verbigracia, con César González Ruano). Se dice de Cela que es un magnífico “escritor” pero...

Sigo en mis trece de quedarme con la duda. En donde ya no me cabe la duda es en la certidumbre de que en el “caso Cela” –como en el caso C.G.R.- poco o nada puede importar a la valoración crítica esa dificultad para el encasillamiento riguroso de su obra dentro de un género puro, claramente diferenciado. Ni me importa demasiado pretender adivinar ahora si él y sus obras “quedarán” o no certificadas para el reino de la posteridad, ese difícil reino de la posteridad, donde, a veces, entra quien menos se piensa y donde tantos que parecen tener la entrada segura se tienen que sentar a la puerta. Hoy por hoy, C.J.C. es escritor de nuestros días, y como tal quiero juzgarle. Y la verdad es que como escritor de nuestros días pocas comparaciones admite, y no sólo porque las comparaciones sean siempre odiosas. A lo mejor es verdad que la obra de C.J.C. es inconsistente, vagarosa, fugitiva, flor de un día, agua que pasa y que, una vez pasada, no mueve molino. O a lo mejor resulta que Quevedo tenía razón cuando redondeó aquel soneto, del que tanto gusto y que cito todo lo que puedo y más, diciendo que “huyó lo que era firme y solamente lo fugitivo permanece y dura” ¡Vaya usted a saber!

El libro, ¡además eso!, ha traído una cola estupenda y brillante, como los cometas (puede ser simbólico esto del cometa). Aquella “Carta” (y siguen las firmas) de Pemán en “ABC”, y ese artículo de Fernández Figueroa, en “Arriba”. La carta de Pemán, encantadora, que se vence de un lado, y el artículo de Fernández Figueroa, extraordinario (y no es que intente repartir cobs a diestro y siniestro), que se vence del otro; cualquiera de las dos posturas, tan bien defendidas, llaman y tientan hasta tal punto, que puestos en el comprometido trance de elegir, habría que quedarse con las dos, y en caso de mucho apuro y necesidad, con la mitad de cada una, y bien sabe Dios que no estamos aquejados de la anemia del eclecticismo.

Novela o no, con “tesis” o sin ella, con trasfondo o sin él, “Mrs. Caldwell habla con su hijo” nos ha parecido un delicioso libro, y tal como nos ha parecido lo decimos, sin meternos –y perdonad la tangente- en más vara de camisa. Ni nos extraña nada esa admiración por Cela del señor Pemán (de cuya “escolta”, desde luego, no formamos parte, y tal vez por eso), que Fernández Figueroa asegura sorprendentemente, aunque a él no

le haya sorprendido tanto, porque estaba ya en la sospecha del secreto. Al señor Pemán le va muy bien ese arte de aprisionar espumas, que tanto ejercita Cela –Cela saca espumas hasta del barro-; y por eso, desde siempre, hemos admirado a Pemán –sin pedirle peras, a sabiendas de que es olmo- en lo mismo que hemos admirado a Cela, aunque uno y otro se ganen la admiración con diversas piruetas, pero con el idéntico mérito de la labia.

## ARTÍCULO 7

**DHEY, BALEARES (PALMA)**

**24 de febrero de 1954**

**“CAMILO JOSÉ CELA”**

Cela es, entre los actuales, el novelista español que más me ha intrigado siempre. “La familia de Pascual Duarte” nos produjo, a Miguel y a mí, una especie de deslumbramiento. No existía, en aquellos momentos, literatura en España y surgía inopinadamente una obra maestra de un autor joven y desconocido. Así es nuestra patria. Hectáreas de estepa y de pronto Aranjuez o la Granja.

Hace pocos meses leí “La colmena”. Me habían dicho demasiadas cosas acerca de esta obra. Me pareció, y no pretendo imponer a nadie mi criterio, una maravilla. Entre otras cosas es un monumento a la lengua castellana. Nunca tal vez el español había alcanzado un grado tal de vivacidad y gracia. “Camilo José Cela”. “Camilo José Zola”. Era fácil el “calambour”. Cela, naturalista, objetivo, no tiene sin embargo nada que ver con Zola. Emilio Zola construía sus novelas partiendo de principios “científicos”, siempre funestos en arte. Aunque no carecen a veces de poesía, carecen de gracia, cosa extraña en un francés. Zola no tiene “ángel”. Cela sí lo tiene. (Fue una señora francesa, precisamente, quien me prestó el libro). Yo me hallaba prevenido contra él. Es sabido que la edad nos vuelve conservadores. Me irritaron doña Rosa, la propietaria del café madrileño y la señorita Elvira, que no conservaba de señorita ni el blanco de los ojos. Doña Rosa, obesa, egoísta y sucia parecía repugnante. De pronto –yo no podría precisar la línea ni la página- surgió el milagro. ¿Qué

había ocurrido para que tan deleznable materiales compusieran una figura artística? La pregunta no tiene respuesta cierta y aquí nos separamos abiertamente del “cientifismo” de Zola. ¿Por qué Eliseo Feijoo en un terceto compuesto de dos metáforas (toda metáfora es, conceptualmente, un absurdo) recrea ante nuestra sensibilidad la ciudad de Palma?

“Juntos Ciudad y Puerto. ¡Qué delicia  
la mar subiendo por la piel de Palma  
como la fresca mano que acaricia!”

Como un Dios minúsculo, Cela había infundido un poco de vida en la envoltura carnal y desagradable de su protagonista, había logrado encender una luz diminuta e inmortal. Ignoro la manera. Tal vez el propio autor no la sepa. Lo mismo con la señorita Elvira, tan oligofrénica, tan poco agraciada, y que de señorita no conservaba ni el blanco de los ojos. La señorita Elvira compra en el café los “tritones” de dos en dos. La señorita Elvira no cena. La señorita Elvira... Siendo la más mísera, su misma tontería le da cierta prestancia. El limpiabotas respeta también a un señor que le estafó todos sus ahorros. Como correspondencia, el limpiabotas no le cobra: le ve muy alto, poderoso. Comprendamos su reacción humanísima: lo que perdió el limpiabotas eran los ahorros de toda su vida. Tampoco podríamos señalar aquí la línea ni la página, pero la señorita Elvira se nos aparece de pronto como una verdadera, como una gran señorita. Igual que doña Rosa, acaba de ser redimida por el arte.

Pero ¿Qué es el arte? ¿Sabemos algo de ello? En una entrevista reciente, Cela ha dicho que su arte es la objetividad. Tal vez; pero con algún otro ingrediente. Cela –ello es indudable- no se propone demostrar nada, ni sostener ninguna tesis. Es sin duda la vida, buena o mala, lo que exigimos que el novelista infunda en sus obras. A esto creo que es a lo que llamamos objetividad. Pero el novelista no puede presentar al lector todos los aspectos de una vida. Ni un Proust, ni un Gironella, que cultivan el “roman-fleuve”, podrían lograrlo. No se terminaría nunca. Es necesario escoger como dirían los existencialistas: separar lo banal de lo significativo. ¿Lo banal? ¿Pero hay algo banal en una existencia, como no sea la existencia entera? Lo ignoro. Tal vez Camilo José Cela no lo sepa tampoco. Acierta, sin embargo ¿Podemos exigir más?

## ARTÍCULO 8

**FRANCISCO YNDURAIN, *EL NOTICIERO* (ZARAGOZA)****13 de septiembre de 1953**

La aparición de un nuevo libro de Camilo José Cela no puede dejarnos indiferentes. Acaso los publica con excesiva proximidad temporal y ello quiere decir que su factura es apresurada, aun contando con una innegable facilidad de composición. Es muy difícil tener la larga paciencia que madura las obras mejores, pero también es cierto que en el hacer hay una buena escuela y, tal vez, lo que era ejercicio, apuntes o ensayos, pasa una vez reunido en libro por obra con aspiraciones a definitiva. En cualquier caso, insisto, un nuevo libro de Cela es un acontecimiento en nuestras letras: lo es el más reciente, “Mrs. Caldwell habla con su hijo”, del que ya había anticipado una parte en publicaciones periódicas. Si me dejara guiar por las simples reacciones de lector –y nunca es criterio desdeñable– diría que es un libro éste de trabajosa lectura, grata en contados momentos, más frecuentemente enojosa y en todo momento desconcertante. Cela encontró ya en su primera novela –“La familia de Pascual Duarte”– una extraña mixtura de horror y ternura, de monstruosidad e inocencia trabadas con seco apresto que dieron sin duda una nota nueva en nuestra literatura. Y no me parece exagerado recordar a este propósito “le nouveau frisson” que Hugo señaló en la obra de Baudelaire. Pues ahora Cela ha buscado, y sólo en parte conseguido, otra peregrina mezcla de elementos extraños, en ese diario de Mrs. Caldwell, donde una sensibilidad morbosa, demencial y fantástica se expresa con aparente candor. La caprichosa marcha del pensamiento y de los recuerdos en una mente trastornada, explica el movimiento inconexo con saltos asociativos inesperables. Y sin embargo el diario de la loca tiene una íntima coherencia, la locura de Mrs. Caldwell tiene la lógica “sui generis” para que encontremos el carácter en el fondo de un caos aparente. Que Cela ha prestado a su personaje muchos rasgos propios, si por tales se entiende los de otras criaturas literarias suyas, parece indudable; pero no hasta el punto de atenuar siquiera la fuerte personalidad de esta nueva figura. En ocasiones se deja advertir el esfuerzo por mantenerse en la difícil línea de la trastornada señora Caldwell y el resultado son no pocas puerilidades o un descoyuntamiento que no logran salvarse ni apelando a la locura. Con defectos y todo, señalemos esta novela entre tantas y tantas concebidas y escritas para sustituir el oficio de la Historia. Nuestra novela lleva trazas de esterilizarse



en la biografía y en el historicismo: bien venido cualquier intento de crear sin apoyaduras ni andamiajes. Cela es uno de los muy pocos.

## ARTÍCULO 9

### *ECCLESIA*<sup>15</sup>

5 de septiembre de 1953

**CELA (CAMILO JOSÉ): “MRS. CALDWELL HABLA CON SU HIJO”. COLECCIÓN EL ANCOR Y EL DELFÍN. EDICIONES DESTINO. BARCELONA, 1953. 231 PÁGINAS. 50 PESETAS**

Siempre es interesante conocer la idea que preside la creación de un artista; por eso lo es el prólogo de esta novela, en el que el autor, aunque sin profundizar, parece querer exponer su concepto sobre ella. El lector se siente extrañado al decir que no hay un concepto claro de la novela, y deduciendo de lo que dice de las cuatro editadas anteriormente resalta la importancia de la técnica, al parecer, sobre todo otro valor.

La lectura del texto nos lleva a afirmar que sólo en el caso de que cualquier escrito pueda llamarse novela, si así lo quiere el autor, es como este libro puede considerarse como tal. Mrs. Caldwell escribe, dirigidas a su hijo, una serie de breves notas, en total 214, incluidos los números repetidos, que lo mismo podía haberlas dirigido a cualquier otra persona o cosa. En realidad son una serie de greguerías, paradojas, visiones estrambóticas de los hechos corrientes, etc., puestas sin orden ni concierto.

Tan falta de lógica es todo ello, que el autor tiene al final que ingresar a Mrs. Caldwell en el manicomio.

Con salvedades. Personas de mundo.

## ARTÍCULO 10

### *ATENEO*<sup>16</sup>

1 de noviembre de 1953

---

<sup>15</sup> Nadie firma esta nota.

<sup>16</sup> Nadie firma esta nota.

**CAMILO JOSÉ CELA. MRS. CALDWELL HABLA CON SU HIJO. COLECCIÓN ANCORAY DELFÍN. EDICIONES DESTINO, S.L. BARCELONA, 1953, 223 PÁGINAS, 50 PESETAS**

Ha escrito Camilo José Cela una nueva obra a la que no podemos llamar precisamente interesante, porque, la verdad sea dicha, no llega a prender la atención del lector, debido a su monotonía; sin embargo, y prescindiendo de truculencias y caídas en el mal gusto, frecuentes en este autor, hay que considerar que “Mrs. Caldwell habla con su hijo” está escrita con indudable ingenio, con buena prosa y hasta con algunos chispazos de lirismo, que tampoco suelen faltar en las narraciones de Camilo José Cela.